



PRIMERA PARTE.

EL ESCLAVO DE SU ESCLAVA,  
Y HACER BIEN NUNCA SE PIERDE.

A Vos, sagrada María  
de la Asuncion, que abogada  
sois en todos mis peligros,  
librándome de desgracia,  
pido favor humillado,  
y á vuestra proteccion clama  
mi número, porque se escriban  
en anales de la fama  
tus prodigiosos milagros,  
con que al cristiano lo amparas.  
En el reino saletino,  
que al presente rige y manda  
Osman Ali, á quien los moros  
brazo de Mahoma llaman,

y del cual su hija Dalifa  
es el centro, erario y ara,  
que el bárbaro rey en ella  
vinció a sus esperanzas,  
sucedió el presente caso,  
segun mi pluma declara.  
Un dia que esta Princesa  
salió con todas sus damas  
á pasear sus jardines,  
fuentes, estanques y estancias,  
cuando la noche tendia  
cortinas enmarañadas,  
vistiendo de negras sombras  
esa mansion estrellada,



unos fuertes armadores,  
que de los mares de España  
á las playas berberiscas  
en su corso bordeaban,  
por ver las puertas abiertas,  
que descuidaron las guardias,  
valiéndose del silencio,  
prendieron á la Otomana;  
la que á voces repetia:  
traicion, con voz muy blanda.  
Prontos la llevan á bordo,  
y al punto levando anclas,  
á vela y remo se entregan  
á la espumosa campaña.  
A los llantos de Dalifa  
recordó toda la guardia:  
y á Mahomet le dieron parte,  
que de general se hallaba,  
del robo de la Princesa;  
y él orgulloso se embarca  
en su capitana, y vuela,  
por si puede darles caza.  
Cuando Osman la nueva supo  
que su Dalifa faltaba,  
brama como fiera herida,  
ó leona á quien le falta  
el cachorrillo en la cueva;  
y por su alcorán juraba  
pasar á cuchillo á todos  
los que en el jardín estaban.  
Mas, prudente un moro anciano  
suplicó se sosegara,  
porque el general Mahomet  
salió con toda su escuadra  
para remediar el daño,  
y castigar tanta infamia.  
Templóse el bárbaro rey  
á las sagaces palabras:  
amaneció el otro día,  
y oyendo pieza de salva,

mandó Osman saber la nueva,  
al mismo tiempo que entraba  
Mahomet por el palacio,  
el que echándose á sus plantas,  
haciale la zalá.  
Y Osman le dijo: levanta,  
y dime de mi Dalifa  
la fortuna ó la desgracia.  
Respondió Mahomet: señor,  
salí pronto con mi escuadra  
á rescatar á la Princesa  
de la española arrogancia;  
pero enojados los vientos,  
en uracanes se enlazan,  
brama el mar en ondas crespas,  
y en la furiosa borrasca  
el piloto desalienta,  
y el marinero desmaya;  
por lo que me volví al puerto.  
Pero os prometo, Monarca,  
no volver á vuestra vista,  
sin que mi brazo y mi espada,  
á pesar de los cristianos,  
dé á Dalifa rescatada.  
Osman jura por Mahoma,  
y Meca, su grande casa,  
que si á Salé la conduce,  
logrará su mano blanca.  
Doblemos aqui la hoja,  
para otra vez desdoblarla.  
En la ilustre Barcelona,  
taller de valor y armas,  
vivía don Juan Rosel,  
caballero de gran fama,  
y de caudal muy crecido,  
como solariega casa:  
este tenía una hija,  
á quien Violante llamaban,  
y un hijo, que es don Rodrigo,  
muy valiente por la espada,

en sus acciones piadoso,  
y cortés en sus palabras.  
A este le entregó su padre  
crecida porcion de plata,  
porque con el uso de ella  
el caudal adelantara.  
Y una mañana que el jóven  
salió temprano de casa,  
reparando un gran bullicio  
á la puerta de una casa,  
curiosamente se arrima  
á ver de qué dimanaba;  
y uno que estaba alli, dijo:  
ha muerto don Juan de Guardia,  
y no hay para hacerle entierro,  
ni para pagar á tantas  
deudas que en la ciudad deja.  
Y con la piedad cristiana  
que le asiste á don Rodrigo,  
doce mil pesos dejaba,  
con que el funeral hicieron,  
y á los acreedores pagan:  
y supo remunerarla,  
como se verá en los fines  
de aquesta historia tan rara.  
Retiróse don Rodrigo,  
y al muelle la vuelta daba,  
donde estaba puesta en venta  
nuestra Dalifa nombrada.  
O poderosos juicios  
de la Deidad soberana!  
la que esclavos mil tenia,  
hoy viene á mirarse esclava.  
Era la noble cautiva  
breve compendio de gracias,  
pues Palas, Minerva y Juno  
cuando la vió don Rodrigo,  
quedó esclavo de la Esclava,

porque el amor no da tiempo  
al arco, flechas y aljava.  
Preguntó cuánto valia,  
y una cantidad muy alta  
pidieron por la cautiva;  
y sin detenerse en nada,  
la dió al punto don Rodrigo,  
y se la llevó á su casa.  
Desdóblo ahora la hoja,  
que antes dejamos doblada.  
Mahomet con sus javeques  
pronto partió para España,  
y llegando á Barcelona,  
vistió á la española usanza,  
hablando muy bien la lengua  
castellana y catalana,  
que el trato con los cautivos  
le fue escuela cortesana.  
Paseando la marina,  
llegó á tiempo que la hermana  
de don Rodrigo, Violante,  
dos bárbaros con infamia  
quitar su honor pretendian,  
y al ver accion tan villana,  
la sangre del noble Moro  
su pecho piadoso exalta;  
y echando mano al acero,  
partió á ellos como á bala:  
los que salieron huyendo,  
al ver accion tan hidalga.  
Y Violante agradecida  
preguntóle nombre y patria,  
y fingiendo él uno y otro,  
respondió pronto á la dama:  
mi nombre es don Juan Osorio,  
y mi patria es Salamanca.  
Sirviéndola cortesmente,  
acompañóla á su casa,  
y entrándola hasta su cuarto,  
vido que su padre entraba,

y mandó que se escondiese  
en una contigua sala.  
A este tiempo don Rodrigo  
entró ufano con la Esclava,  
y por dá liva la ofrece  
al servicio de su hermana.  
Agradeciólo , y el padre  
dijo: bueno será herrarla,  
no arrastre con su hermosura  
alguna sangre cristiana.  
Lloró Dalifa, que allí  
nombre de Luna tomaba:  
fuese el padre y el hermano,  
y Violante á Luna manda,  
que le tragese una luz.  
Don Juan fingido repara  
en la Esclava, y reconoce  
ser la prenda que buscaba,  
y se fue de casa al punto,  
pensando como robarla.  
Una noche que Dalifa  
rendida al sueño se hallaba  
vido en sueños la paloma  
cándida, pura é intacta,  
á María nuestra Reina,  
que de esta suerte le habla:  
querida hija Dalifa,  
deja la secta otomana,  
sigue la ley de mi Hijo,  
que es la verdadera y santa.  
Siendo de aquesta manera  
varias veces avisada;  
un dia que don Rodrigo  
fino su amor le espresaba,  
le dió noticia del sueño,  
y él le dijo: hazte cristiana,  
que si me igualas en sangre,  
te doy la mano y palabra,  
que seré, Luna, tu esposo.  
Eila que de honor preciaba,

le dijo que era Princesa,  
y heredera de su casa.  
Y al darse finos las manos,  
su padre don Juan entraba,  
y viendo de que su hijo  
daba la mano á su Esclava,  
arrojándolo en el suelo,  
un bruñido puñal saca  
para quitarle la vida,  
pero Violante, su hermana,  
detuvo el bruñido acero,  
pidiendo lo perdonara.  
Mas don Juan Rosel responde:  
quien hace accion tan villana,  
no puede tener mi sangre;  
y asi váyase de casa,  
que cuando yo lo reciba,  
á mil cautiverios vaya.  
Fuése al punto don Rodrigo,  
suplicándole á su hermana,  
que le permitiese á Luna,  
hablarle por la ventana.  
Fue por el Cura al instante,  
que á la Mora bautizara:  
salió á la reja Dalifa,  
adonde se le echó el agua,  
y por nombre el de María  
ha recibido en la gracia.  
Desposóse al fin con ella,  
y al mismo tiempo la saca,  
llevándosela á una quinta,  
que estaba de allí inmediata,  
y á las orillas del mar.  
Dejemos en esta plana  
casados los dos amantes,  
y al Rey que la dicha aguarda  
de ver viva á la Princesa,  
que en otra parte acabada  
dará el Poeta la historia,  
como perdonen sus faltas.

SEGUNDA PARTE.

DEL ESCLAVO DE SU ESCLAVA.

Ya dije en la primer parte,  
 como contentos quedaban  
 doña Miría y su esposo,  
 fuera la ciudad y casa,  
 en una espaciosa quinta,  
 que del mar está inmediata:  
 volvamos á Mahomet,  
 el cual don Juan se nombraba,  
 que deseando cobrar  
 á su Princesa robada  
 de casa don Juan Rosel,  
 donde servia de Esclava,  
 por ignorar la noticia  
 de ser cristiana y casada  
 con el noble don Rodrigo,  
 él en amor continuaba  
 con la hermosa Violante,  
 dándole mano y palabra  
 de que sería su esposo,  
 todo con el fin y traza  
 de libertar á Dalifa,  
 y á Violante hacer esclava.  
 Confiada la señora  
 de don Juan y su palabra,  
 le dió una noche la llave,  
 porque en el jardin le hablara.  
 Con espresiones corteses  
 rindiendo don Juan las gracias  
 parte pronto á la marina,  
 y en una secreta cala,  
 donde dejó sus javeques,  
 Mahomet cuenta les daba,  
 á los soldados y Arraez,  
 que la escuadra comandaba.

Y cuando el hermoso Febo  
 en el cenit se ocultaba,  
 de los mas valientes moros  
 seis Mahomet se llevaba,  
 que ayudasen á su empresa  
 atrevida y temeraria.  
 Con precaucion y cuidado  
 siguió la perra canalla:  
 abrió la puerta y entraron  
 en el jardin de la dama,  
 y ella que gustosa espera,  
 con su infortunio encontraba,  
 pues discurriendo que era  
 Dalifa, prontos la agarran,  
 y con paso acelerado  
 á su nave caminaban.  
 Dice al fingido don Juan  
 Violante determinada:  
 no es accion de caballero  
 el sacarme de mi casa,  
 señor don Juan, de esta suerte.  
 Y él con la voz levantada  
 le dijo: no soy don Juan,  
 que soy de ley mahometana,  
 y mi nombre es Mahomet,  
 que te llevo á ser esclava.  
 Aquella Elena, aquel ángel,  
 aquella Palas cristiana,  
 estremeciendo sus carnes,  
 en tiernos suspiros daba  
 sentimientos á los mares;  
 y eran sus lágrimas tantas,  
 que acrecentaron sus ojos  
 los raudales de las aguas.

Mandó Mahomet la llevasen  
de su rey á ser esclava,  
y que en breve iria él  
tambien con su prenda amada.  
Entre zambros y alborozos  
parte la fiera canalla  
para Salé. Y volvió ahora  
á Mahomet, á quien su ansia  
trajo pronto á Barcelona,  
y hallando la puerta franca  
del jardin, entró por ella,  
y don Juan Rosel que estaba  
noticioso ya del robo,  
viendo gente recatada  
ocultarse entre los mirtos,  
tiró pronto de la espada,  
y ellos puestos en defensa,  
usando sus cimitarras,  
valerosos se defienden;  
y Mahomet con mucha audacia,  
temiendo ser descubierto,  
apeló á la retirada,  
y por ser la noche obscura,  
perdió don Juan sus pisadas.  
Mas un moro que dejaron  
de espía allá en la muralla,  
dijo, como habia oido  
á unos hombres que pasaban,  
de que la mora Dalifa  
se habia vuelto Cristiana,  
y que se habia casado  
con un hombre de importancia,  
y en una quinta vivia,  
que allí en la marina estaba.  
Y Mahomet con esta nueva,  
atravesando la playa,  
descubrió la hermosa quinta,  
y sin reparar en nada,  
hasta lo interior se entra,  
y encontró en la primer sala

sola á la hermosa Dalifa,  
María denominada.  
Todos los moros la cercan,  
y fuertemente la agarran;  
ella dice: ingratos, viles,  
dejadme, que soy Cristiana.  
Ay mi esposo don Rodrigo,  
qué grande pesar te aguarda,  
cuando te halles sin tu esposa  
que fina te adora y ama!  
Dieron con ella en la nave,  
y á Salé toman la marcha.  
Dejemos las dos que van  
contra su gusto apresadas,  
y volvamos á hijo y padre,  
que el mismo dolor los llama  
á entregarse al precipicio,  
pues sabiendo que llevaban  
á su muger y á Violante,  
como dos fieras pisadas  
van por poder socorrerlas.  
Mas por quedar de la escuadra  
de Mahomet dos javeques,  
y setenta hombres de armas,  
á hijo y padre cautivaron,  
y la maldicion echada  
la miró don Juan cumplida,  
mas no pudo remediaria.  
Dejemos á los cautivos  
caminando por las aguas,  
y pasemos á Salé,  
á donde llegó la escuadra  
de Mahomet que iba delante,  
y á la Princesa llevaba.  
Hicieron la salva real,  
y al Rey noticia le daban,  
como á su hija Dalifa  
la tenia ya en la playa.  
Salió el Rey con la nobleza,  
y tiernamente la abraza.

demostrando en su alborozo  
tierno amor á su hija amada.  
Con una opulenta pompa  
de la moravita usanza  
llevaron á la Princesa  
hasta su real alcázar;  
y tanto triunfo sentia  
la convertida Cristiana.  
Hubo saraos y fiestas,  
asambleas y algazaras,  
y antes que el cuarto blandon  
sus luces las ocultara,  
llegaron tambien al puerto  
lo restante de la escuadra,  
que llevaban á Violante,  
y los que tiernos lloraban,  
su padre y querido hermano,  
á los que esposados sacan  
con los grilletes al pie,  
y argollas en sus gargantas.  
A palacio los conducen,  
al Rey se los presentaban,  
y mandó que á la Princesa  
en víctima los llevaran.  
Cuando á su presencia llegan,  
rendidos se le postraban:  
mira el esposo á la esposa,  
mira el hermano á la hermana,  
y solo lágrimas hablan  
y ternezas del corazon,  
que al fiero dolor atada  
la pronunciacion tenian,  
viendo fortuna tan varia.  
Mas la Princesa María  
con amor así les habla:  
no sintais el cautiverio,  
pues sabeis que soy Cristiana;  
dame los brazos, Rodrigo,  
cposó mio del alma.

Y en tiernas demostraciones,  
aunque con penas mezcladas,  
bebieron los dos amantes  
el veneno y la triaca.

Dijo María á Violante:  
querida y amada hermana,  
no vienes á ser cautiva,  
sino á ser de mí estimada,  
y con el tiempo tendremos  
la libertad deseada.

A don Juan, que era ya anciano,  
y en su llanto se anegaba,  
dió los brazos la Princesa,  
y con tierno amor le habla,  
diciendo: padre querido,  
no sienta aqui su desgracia,  
porque en mí tiene una hija,  
que mira por esas canas,  
y como padre lo adora.

Yo os doy mi mano y palabra,  
que antes de muy pocos dias  
iremos todos á España,  
para celebrar las bodas,  
que en mí fueron tan infaustas.  
Estando en este coloquio  
de amorosas eficacias,  
Mahomet que la accion vido,  
del corvo al fange tiraba,  
y arrojado al gavinete  
donde la Princesa estaba,  
lleno de cólera y celos,  
matar los cautivos trata.

Don Juan se pone en defensa,  
y con sus fuerzas cansadas  
se cayó á los pies del Moro.

Don Rodrigo que miraba  
la desgracia de su padre,  
con el amor que le inflama  
su tierno y filial cariño,  
le quitó á Mahomet el arma.

Entró el Rey en este tiempo,  
 y por su delito manda  
 los lleven á una mazmorra,  
 para que en pública plaza  
 mueran los dos empalados,  
 y los llevaron los guardas.  
 Por no dilatar la historia,  
 vamos á que antes del alva  
 vieron los dos prisioneros  
 como una luz se mostraba  
 al fin de aquella mazmorra,  
 por entre unas rotas tablas:  
 tiraron de ellas, y vieron  
 una cueva subterránea,  
 y con un hachon de tea  
 un hombre se encaminaba  
 hácia ellos, y les dijo:  
 mi piedad noble y cristiana  
 viene á daros libertad,  
 sin temer riesgo ó desgracia.  
 Don Rodrigo le responde:  
 sino va mi esposa amada,  
 tambien mi hermana Violante,  
 morir quiero en la demanda.  
 Pues venid á la marina,  
 donde contentas aguardan.  
 Entraron por una cueva  
 funesta, lóbrega y larga,  
 y salieron á la orilla,  
 donde su esposa y su hermana  
 abrazan los prisioneros.  
 Y aquel que los comboyaba,  
 dijo que cuánto ofrecia  
 si en libertad los dejaba?  
 Y respondió don Rodrigo:  
 que señalase él la paga.  
 El cual dijo luego al punto:  
 tu prenda mas estimada.  
 Yo consiento en lo que dices,  
 don Rodrigo replicaba;

y engolfándose la nave,  
 en breve tiempo se hallan  
 en las playas de su tierra.  
 El hombre pide la paga;  
 y don Rodrigo le dice:  
 yo te daré el oro y plata,  
 y las joyas de mas precio  
 que tengo en toda mi casa.  
 Y aquel que no conocian,  
 le replicó con instancia:  
 eso es lo que mas estimas?  
 El rostro se le inmutaba  
 á don Rodrigo, y le dice:  
 despues de mi esposa amada,  
 eso es lo que mas estimo.  
 Pues tu esposa sea paga.  
 Quedó en confusion muy grande  
 al oir tales palabras.  
 Viendo yerto á don Rodrigo,  
 el marinero le habla,  
 diciendo: yo soy aquel  
 difunto, que por tu causa  
 se le dió la sepultura,  
 y pagaste deudas tantas,  
 que por mandado de Dios  
 vine á dar eso por paga;  
 que hacer bien por los difuntos  
 es cosa que á Dios agrada.  
 Al ver esta maravilla,  
 gustosa Violante trata  
 morir en un monasterio,  
 rindiéndole á Dios las gracias,  
 y á la soberana Virgen  
 de la Asuncion celebrada,  
 á quien humildes pidamos,  
 remedie nuestras desgracias.  
 Don Rodrigo con su esposa  
 le rinden mil alabanzas,  
 y con júbilo y contento  
 quedan en su noble patria.